

MONTESIÓN: COLEGIO EN UNA ISLA, PERO NO AISLADO

Me siento muy honrado y un poco temeroso al tener que dar esta charla. Son varias las razones para sentirme algo acobardado, pues yo no he vivido ni estudiado en Montesión ¿Que puedo yo decir aquí que vosotros no sepáis?

Hay cuatro circunstancias, sin embargo, que me acercan a todo lo que significa Montesión: 1º por ser jesuita, 2º por la confianza que me inspiran los antiguos alumnos mallorquines que he conocido, 3º por mis lecturas sobre la historia del colegio, y 4º, por el aire de familia que aquí se respira entre antiguos alumnos de la Compañía.

1.- Para cualquier jesuita Mallorca, cuando se concreta en el escenario de Montesión, es un concepto que encierra un significado religioso, al igual que Loyola, Manresa, Javier y Gandía. Desde que entrábamos en el noviciado, cuando los hermanos coadjutores celebraban el día de San Alonso, el nombre de Mallorca se convertía en lugar santo. En la portería de Montesión resonaba la espiritualidad de servicio del “ya voy Señor”, que la Virgen recompensaba en la cuesta de Bellver. Anima estar en un lugar de tan hondas raíces espirituales.

2.- El segundo empujón que me acerca es mi admiración y confianza hacia los mallorquines que he tenido ocasión de conocer de cerca. Han sido pocos, pero buenos: un teólogo, un filósofo, un humanista y un aviador. Comprenderéis que hablo de Ladaria, Monserrat, Alcover y Obrador: Luis, Javier, Norberto y Bernardo, los cuatro aquí presentes. No voy a ponderar sus méritos. Son, por supuesto, inteligentes y buenos cristianos, pero además son hombres que juntan virtudes que parecen complementarias: el entusiasmo con la tenacidad, el idealismo con la eficacia. Causan admiración y al mismo tiempo transmiten confianza. Con tales mallorquines puedes acudir a Mallorca, hasta para hablar de lo que no sabes, porque estás seguro de que, al menos, vas a encontrar benevolencia y amistad.

3.- El tercer empujón procede de mis lecturas sobre el colegio. Montesión ha tenido buenos historiadores, que Bernardo Obrador nos ha dado a conocer con otras muchas aportaciones nuevas en su gran libro, que se ha convertido en tabla de salvación para todo el que se encuentre en situaciones parecidas a la mía. Además, desde hace muchos años, el P. Nicolau Pons me ha ido enviando los números de la revista *Jesuites Monti-Sion*, que junta las noticias de actualidad con magníficos y bien documentados artículos históricos.

4.- El empujón definitivo para lanzarme a este ruedo procede del hecho de ser antiguo alumno de un colegio de la Compañía, en mi caso del colegio San José de Valladolid. Los antiguos

alumnos tenemos un aire de familia, impregnado por una misma pedagogía y una misma espiritualidad. Cualquier antiguo alumno de jesuitas se siente hoy muy de aquí, como en casa; incluso con el “plus” de novedad que da el venir de otra parte.

Voy a hacer unas sencillas consideraciones sobre la antigüedad de Montesión y sobre la singularidad de su historia, siempre unida a la red de los colegios de jesuitas, tanto en la Compañía antigua (ss. XVI-XVIII) como en la Compañía restaurada (ss. XIX y XX).

1.- Montesión: el colegio más antiguo y duradero

Ser el colegio más antiguo quiere decir que ostenta, entre los colegios actuales, la fecha de fundación más temprana, y que mantiene la mayor duración temporal en la enseñanza jesuítica dentro de sus muros primitivos. Tomando como referencia la fecha de la fundación es claro que cumplimos ahora 450 años. Hay que rebajarlos, si computamos solamente los años en los que se ha impartido enseñanza jesuítica. Esto ha sucedido en tres períodos desiguales en duración, el 1º, muy largo, en la antigua Compañía, duró 206 años (1561-1767); el segundo, muy corto, a principios del siglo XIX, dura solo 15 años (en las dos primeras restauraciones bajo Fernando VII: 1816-20; 1824-35). El tercer período ha alcanzado, hasta ahora, 73 años (desde 1938 hasta hoy) y tiene todo el siglo XXI por delante. En total, la enseñanza jesuítica de estos tres períodos alcanza 294 años de duración. ¿Puede mantenerse, con esta rebaja, la primacía en la duración de la enseñanza? Parece que sí. En otras ciudades donde hubo colegios de la antigua Compañía hay también hoy colegios de jesuitas; pero se trata de colegios edificadas de nueva planta en el siglo XIX, que han perdido la continuidad con los antiguos.

Una enseñanza en tres épocas bajo dos sistemas pedagógicos.

Los tres períodos de la docencia jesuítica en Montesión que acabamos de recordar ofrecen una dificultad para su correcta ubicación cronológica e histórica. Entre el colegio antiguo cerrado en el siglo XVIII y el colegio actual reiniciado en el siglo XX está el colegio intermedio del siglo XIX, de corta duración (15 años). Es como una isla entre dos continentes. ¿Dónde colocamos a este colegio intermedio de la época fernandina? Este colegio restaurado en 1816 pertenece propiamente a la Compañía restaurada el año anterior en España. Sin embargo, cronológicamente está más cerca del colegio antiguo, suprimido en 1767 (del que le separan 50 años), que del colegio reiniciado en 1938 (del que le separan 103 años). Además, bajo el punto de vista arquitectónico, artístico y sobre todo pedagógico, el colegio intermedio, en el que estudió José María Quadrado, encaja plenamente en el sistema pedagógico de la antigua Compañía. En ese colegio intermedio decimonónico se aplicó el sistema educativo de la *Ratio Sudiorum* al pie de la letra, en sus planes de estudio, asignaturas y métodos didácticos. Y es que, en España, los colegios restablecidos en tiempo de

Fernando VII a principios del siglo XIX –Montesión entre ellos- se establecieron sobre los mismos moldes arquitectónicos y pedagógicos de los colegios antiguos, es decir, en los mismos edificios y bajo el mismo sistema educativo. Pero fue una restauración limitada en número de colegios (sólo nueve lograron restablecerse) y de corta duración, pues cesó con la supresión de la Compañía en 1835. Después, los jesuitas que permanecieron en Mallorca en la residencia de Palma, durante la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX, no dieron clases regulares en Montesión, pero continuaron siendo educadores de la juventud al transmitir una formación humana y cristiana a los jóvenes de la congregación mariana (Antonio Maura y Miguel Costa i Llobera entre ellos) y a los niños del Patronato Obrero dirigido por el P. Guillem Vives.

2.- El Montesión del renacimiento y el barroco: un colegio isleño conectado con una cultura universal

Tanto en la antigua como en la restaurada Compañía, cada colegio es como un nudo en una red. Conserva su identidad regional y local, pero manteniendo siempre la conexión con la unidad del conjunto.

En la antigua Compañía los colegios y las misiones formaban un cuerpo tan compacto, que causaba admiración a los amigos y disgusto a los enemigos. En 1749 (24 años antes de la supresión por el papa) la Compañía universal tenía 849 colegios repartidos por todo el mundo. En aquellos colegios las conexiones religiosas y culturales eran muy intensas, pues la *Ratio Studiorum* era un plan de estudios unitario y universal. Los colegiales de Europa recibían las mismas enseñanzas que los de Goa, Manila, México o Lima. En España de un total de 143 domicilios, 116 eran colegios (el 77,5 % de las casas). En el ranking de estos colegios por orden de antigüedad, el de Mallorca ocupa el puesto 26, que lo sitúa entre los más antiguos de España. En la provincia de Aragón era el 5º (después de Gandía, Barcelona, Zaragoza y Valencia).

Montesión era un colegio lleno de contrastes enriquecedores. El colegio isleño estaba prendido en la red de formación humanista que impregnaba la cultura y el espíritu del mundo en la edad moderna. La documentación del colegio antiguo (siglos XVI-XVIII y principios del XIX) ofrece gran variedad. Llama la atención el contraste entre lo cotidiano y lo festivo, lo particular y lo universal. Los relatos de las cartas anuas, tienen el ritmo cansino de los trabajos y los días. Los avisos de los padres provinciales en sus visitas repiten la misma retahíla de usos, costumbres y devociones. Cada año que pasa nos trae la lista de personas que vienen y van, de rectores y provinciales que se suceden, de novicios, maestrillos, profesores y coadjutores que llegan, que marchan, que trabajan, enferman y mueren. Es un retrato de la vida misma, “la vida que se nos va, cual se nos vino escondida, del más allá al más acá”, como dirá Unamuno. Pero de repente, de la crónica rutinaria caen, como migajas, las noticias de que, por ejemplo, el 10 de agosto de 1571 ha llegado de Valencia un hermano coadjutor llamado Alonso Rodríguez (p. 229), y de que el 11 de noviembre de

1605 ha venido de Barcelona el H^o escolar Pedro Claver Corberó para oír un curso entero de filosofía (p. 275). La rutina se convierte entonces en noticia histórica.

Lo mismo sucede con el entramado de lo local y lo universal. Los detalles de la isla y de la ciudad son preciosos, y muchas veces inesperados, como la liebre que salta cuando menos lo esperas. La ciudad de Palma aparece unas veces recatada y devota, otras divertida y relajada. Respiraba fervor en las misiones populares, predicadas en mallorquín, porque el castellano era de poco o ningún provecho (p. 402); padecía las luchas de los bandos Canamunt y Canavall (p. 260); se estremecía ante sucesos como la ejecución de cinco bandoleros que fueron degollados y hechos cuartos (p. 196); y se aterraba por los rigores de la Inquisición en los humillantes autos de fe contra los moriscos en 1613 (p. 309) y contra los conversos en 1691. La tranquilidad de la isla se alteraba de vez en cuando por catástrofes naturales de sequías y pestes; y por los riesgos de un Mediterráneo siempre en vilo por las amenazas de turcos o protestantes. La presencia de la armada en 1601 con las galeras atestadas de enfermos (p. 268), y la captura en 1608 de la nave Belina, donde los piratas apresaron a diez jesuitas que tuvieron que ser rescatados en Argel (p.177, 284, 290), eran algunos de aquellos sobresaltos.

Esta vida ciudadana e isleña, en la que se mezcla lo diario con lo extraordinario, tenía instituciones estables que mantenían la continuidad. Una de las más eficaces y duraderas fue el colegio de Montesión, que contribuyó de manera decisiva a la identidad de Mallorca en el plano religioso y cultural. La enseñanza preparatoria de 200 niños de primeras letras (309), a la que seguía la enseñanza humanística y universitaria de calidad, recibida por no menos de 600 alumnos, dejaron una impronta indeleble.

La *Ratio Sudiorum* fue el gran vínculo que unió el colegio de la isla de Mallorca con una cultura de vigencia universal. Los jesuitas de Montesión enseñaron un humanismo clásico, que todavía servía de vehículo para el intercambio de las ideas y de las ciencias. Aparte de las técnicas utilizadas en el aprendizaje de las lenguas y de la filosofía, lo que mejor nos descubre la calidad de aquella enseñanza eran los recursos pedagógicos extraordinarios y festivos, con todos los alicientes de la sana emulación y la enseñanza activa. Las materias de la clase se convertían en espectáculo y juego. Los jesuitas conseguían enseñar deleitando, a través de las declamaciones, disputas escolares, premios, actos académicos, mensuales y composiciones literarias. Todavía en el colegio intermedio del siglo XIX se celebraban exámenes y certámenes literarios no solo de Gramática latina, griega y castellana, retórica y poética (en las que participaba el niño Quadrado), sino también de matemáticas, caligrafía y otras asignaturas.

En los momentos más solemnes, especialmente cuando se quería exaltar el triunfo de la fe y de la virtud, se organizaban representaciones teatrales y desfiles por las calles con alardes de

ingenio y fantasía. Piezas de teatro en castellano y en latín (p.138); comedias y tragedias; entremeses y autos sacramentales; diálogos y recitales. Fiestas académicas, torneos, premios, comedias. En la comedia devota en honor del Beato Estanislao, en 1615, hubo simulacros de truenos, nubes y levitaciones que hicieron llorar al obispo (p. 319). En el desfile nocturno celebrado en 1619, cuando la beatificación de Javier, se paseó su imagen, adornada con perlas y diamantes, al sonido de atabales y trompetas y a la luz de faroles y teas “que hacían parecer la noche día” (p. 328). Uno de los mayores aciertos del libro de Obrador es la transcripción y reproducción de estas piezas literarias y festivas que se ajustan al gusto barroco de la época. En ellas se demuestra que no era pura retórica lo que se enseñaba en Montesión, pues los alumnos adquirían un dominio perfecto de las lenguas latina y española, de los autores clásicos y de la filosofía perenne.

Era un colegio de primera categoría por la excelencia de un sistema educativo que en el plano científico se completaba con la magnífica biblioteca y en el plano estético se decoraba con los retablos, pinturas y esculturas del templo. Un colegio en plena sintonía con la cultura cristiana y humanista de su tiempo. Un colegio en una isla, pero no aislado, pues estaba conectado con el universo artístico y cultural por esa especie de “internet” formada entonces por los gustos y saberes de la época.

3. El Montesión renacido en el siglo XX en la red de los colegios españoles

En la Compañía restaurada en el siglo XIX se mantuvo la unidad de los colegios a nivel universal, pero las diversidades políticas de cada país explican que la unidad se realizara principalmente desde cada una de las naciones. El sistema unitario de la *Ratio Studiorum*, propio de la Compañía antigua, no se pudo mantener íntegramente en la Compañía restaurada. Cada país tenía su bachillerato oficial. Aplicar la *Ratio* a la letra, en aquellas circunstancias, resultaba imposible; así que los jesuitas tuvieron que contentarse con mantener el espíritu de la *Ratio* y sus intuiciones pedagógicas más consistentes.

A pesar de estas dificultades, la red de los colegios se ha mantenido en España desde el último cuarto del siglo XIX hasta el momento actual. En estos largos años la red fue aumentando sus nudos, poco a poco. Se podrían distinguir dos momentos, separados por los años de la disolución de la Compañía durante la república en enero de 1932. Esta disolución afectó a una veintena de colegios de segunda enseñanza. La interrupción duró sólo seis años, pues en 1938, ya se pudo reanudar la enseñanza en algunos de los colegios que existían antes de la república, a los que se añadió –esta fue la novedad- el colegio de Palma de Mallorca. Montesión, restaurado como colegio de jesuitas en 1938, sirve de gozne o punto de enlace entre los colegios establecidos antes de la República y los fundados desde de la guerra civil. Paradójicamente el colegio más nuevo, se convertía en el colegio más antiguo.

La red de colegios de jesuitas que funcionaban a mediados del siglo XX se extendía por los mares y tierras de España. Había once colegios costeros en ciudades marítimas, doce colegios del interior, y dos colegios insulares. No podían faltar los colegios de las islas, como un abrazo a España, de punta a punta: el colegio de San Ignacio de Las Palmas de Gran Canaria, y el colegio de Nuestra Señora de Montesión, aquí, en Palma de Mallorca. Las Canarias miran a occidente hacia América. Y las Baleares miran a oriente hacia Roma y Tierra Santa. Como dice el himno, “Nuestras islas son trozos de España / lanzados al mar.../ Son vanguardias de España hacia oriente/ son naves que surcan/ un mar imperial...”.

El colegio de Montesión, refundado en 1938, sirve de punto de enlace para la nueva remesa de los colegios que aumentaron, después de la guerra, el número de los centros docentes de la Compañía. Al colegio mallorquín le seguirán otros seis colegios de segunda enseñanza establecidos en los años cuarenta y cincuenta, a los que se sumarán muchas escuelas profesionales, fruto de la conciencia social de los jesuitas en los años difíciles de posguerra.

El aire de familia en la red de colegios era muy intenso hasta los años 60 o 70. Recuerdo que en el congreso eucarístico de Barcelona en 1952 nos reunimos en el colegio de Sarriá alumnos procedentes de todos los colegios de España. Se notaba la singularidad de los grupos regionales, pero todos nos sentíamos unidos por los mismos valores religiosos y educativos. La espiritualidad se transmitía por la congregación mariana, el entusiasmo misionero, la misa diaria, la visita al P. Espiritual, la despedida del “dulcísimo recuerdo de mi vida” al abandonar los tutelares muros. Nada tiene de extraño que en aquel ambiente brotaran vocaciones a raudales. La formación académica se basaba en la seriedad de los estudios y en las prácticas didácticas de los restos y reliquias de la antigua *Ratio*: los desafíos entre cartagineses y romanos, las academias del salón de actos, la distribución de premios y la proclamación de dignidades. Este ambiente ha quedado bien reflejado en el libro, en las crónicas y fotografías, y en recuerdos como los que Roberto Coll y Román Piña han escrito en el tomo III.

A partir de los años setenta del siglo pasado los grandes cambios de la Iglesia y de la Compañía, reforzados con las novedades sociales y políticas, han impuesto transformaciones imparables en los colegios. Ha cambiado la forma de enseñar y aprender, la expresión de la religiosidad, el origen social del alumnado y la composición del profesorado. La presencia casi exclusiva de jesuitas ha quedado sustituida muy dignamente por profesores y directores seculares, que hoy han recogido la antorcha educativa.

Todavía se mantiene la red de la pedagogía ignaciana. Prescindiendo de la enseñanza universitaria en Deusto, Comillas-Madrid, ESADE y el Instituto Químico de Barcelona y en otras

facultades universitarias en diversas ciudades de España, la Compañía mantiene hoy 69 centros de enseñanzas medias, con un total de 73.973 alumnos y alumnas y 4.955 profesores y profesoras.

En este momento Montesión conserva la gloria de ser el colegio más antiguo, pues se remonta a la antigua Compañía; y al mismo tiempo, desde su reapertura en 1938, ha servido de gozne o eslabón entre la veintena de los colegios clásicos que le precedieron y los casi cincuenta nuevos centros que se fundaron después. Es el colegio en la isla, que le ha dado y le sigue dando una preciosa identidad; pero no es, nunca lo fue, un colegio aislado. El colegio conserva el aire de familia de la pedagogía ignaciana, pues procura juntar el ideal de “virtud y letras” con la fidelidad a la tradición histórica y la adaptación a las exigencias de los tiempos. Lo dice muy bien el cartel de la celebración: “450 aniversario. Un colegio de futuro”.

Manuel Revuelta, S.J.

Palma de Mallorca, 7 de mayo de 2011

AA. AA. DE MONTESESIÓN